Copete Rojo
SATURNINO MUNIAGURRIA



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Criado en el campo pero educado en la ciudad, siempre elegí mis distracciones de manera que no se estorbaran. Y si además de no estorbarse se completaban, mi satisfacción era mayor. Amante de los pájaros, mientras viví en el primero, no necesité mantenerlos bajo mi férula. Bastaban a mi júbilo el sortilegio de sus cantos, la danza aérea de sus vuelos y las sorpresas que sus nidos me reservaban. Trasladado a la ciudad, su nostalgia no tardó en hacerse presente. El canto de cualquier pájaro -en las huertas nunca faltan-, evocaba en mí su recuerdo, y ese recuerdo me obsesionaba durante todo el día.

Las jaulas me brindaron la solución. Para tenerlos cerca, los aprisionaría en ellas. Si fue una crueldad, fue una crueldad de esas que los convencionalismos de la vida toleran o perdonan. ¿Procedemos acaso con las flores de distinta manera? Para lucirlas en nuestros ojales o en nuestras habitaciones, las separamos de sus tallos, con lo cual las matamos, como matamos a las aves privándolas de su libertad.

Otro tanto me ocurrió con las mariposas. Ni cantan ni fabrican nidos, como los pájaros, pero les son superiores en la variedad dé sus colores, en los dibujos animados que son sus alas y en la liviandad de sus vuelos, llenos de sorpresas, pues mientras el ave vuela siempre en una dirección, jamás sabemos adonde va la mariposa, única razón para que la tildemos de in-constante.

No pudiendo hacer con ellas lo que hice con los pájaros, es decir, enjaularlas, me dediqué a coleccionarlas. Empecé con las que frecuentan nuestros jardines, las únicas que estaban al alcance de mi mano; no eran muchas por cierto, fuera de que hallándome familiarizado con sus galas, el interés que en mí despertaban era relativo. El campo era el sitio donde debía buscarlas. Y cuanto más exento fuera éste, cuantas más lagunas circundadas de lujuriosa vegetación poseyera, cuanto más tupidos fueran sus montes y cuanto más invasora disputara la maleza a la llanura el sitio donde exhibirse cubierta de flores, tanto mejor sería.

Yo conocía uno de ellos, donde todas esas ventajas se hallaban reunidas: los malezales del río Corrientes. En algunas de sus rinconadas todavía nadie había puesto el pie. Desde el tronco resquebrajado de uno de los árboles crecidos a orillas de la selva, la orquídea *"patito"* parecía preguntar con sus flores amarillas, a su vecina la flor del aire rosada, si eran hermanas o pertenecían a familias diferentes. Estaba seguro de encontrar allí mariposas que correspondieran por su belleza y atractivos, a flores semejantes. ¿Por qué la naturaleza protege lo que tiene de mejor, en éstas, así como en aves y mariposas, aislándolas? ¿Por que sabe que tienen un enemigo natural en el hombre?

Una caña y un bonete de tul en su extremo, es todo lo que se necesita para darles caza. Además, es preciso correr tras ellas. Hay que conocer lo que son los malezales para convencerse que allí esto es casi imposible. Las grietas del terreno, los tacuruces, los cardos, las uñas de gato que arañan igual que éstos, los nidos de *mamangá,* ocultos bajo el pasto, el *ñapindá,* que al pasar nos agarra de la ropa y detiene, y el hormiguero que invita a cruzarlo porque es lo único despejado que uno ve, pero que se hunde bajo nuestros pies, lo confirman.

Resuelto mi viaje, tardamos tres horas en llegar a la costa del río. Atravesado éste, empleamos otra hora más en alcanzar el sitio en que -a

estar a los informes que recogimos- abundaban las mariposas. Era una extensa llanura a bajo nivel, sembrada de *tacuruces.* Nos vimos obligados a descender sobre ellos, pues todo el campo en donde nos encontrábamos se hallaba inundado. Los hombres que me acompañaban se distribuyeron convenientemente provistos de sus correspondientes aparatos decaza. Era la hora en que las mariposas abandonaban los montes inmediatos en busca de las flores que llenaban los esteros vecinos, situados a nuestras espaldas. Forzosamente tenían que pasar sobre nosotros. Viendo venir una en dirección a mí, intenté atraparla, con tan mala suerte que resbalé del *tacurú* sobre el cual me hallaba y caí pesadamente en tierra.

-Así no las vamos a cazar - exclamó el hombre que dirigía a los que me acompañaban, luego de ayudarme a levantar. -¿Cómo entonces? - repliqué.

-Persiguiéndolas a caballo.

Me pareció un absurdo. Pero no viendo otro medio, autoricé . a que lo intentaran. Presencié entonces la carrera más loca que puede imaginarse. ¿Cómo podían correr aquellos hombres sin llevarse los *tacuruces* por delante? Saltándolos, sencillamente. Doblados sobre sus caballos, que avanzaban a todo correr cambiando de dirección a cada instante, de acuerdo con el versátil vuelo de las mariposas, semejaban avestruces gigantes que huyeran haciendo gambetas, de un peligro que se les venía encima. Esta escena, que no es para describirla, duró aproximadamente una hora. Al final de ella me hallé en posesión de más de cincuenta mariposas, casi todas de gran tamaño y de belleza extraordinaria.

***

Pájaros y mariposas cesaron de ser objeto de mi persecución. Mi colección de las últimas no dejaba nada que desear. En ella hubo sitio para todas, desde las más pequeñas hasta las de tamaño extraordinario, como eran las cazadas en los malezales: negras las unas, con bandas rojas o amarillas, y azules las otras, con el azul más delicado, con el azul cambiante que según fuera la situación del observador, reproducía el resplandor del nácar o el tornasol que se admira en el cuello de algunas palomas.

En cuanto a las aves, poseía cuantas habían llamado mi atención. Faltábanme empero dos, que siempre habían hallado la forma de eludirme. Quizás fuera ello debido a que la selva en que habitaban era demasiado extensa, y las especies a que pertenecían, representadas por reducido número de ejemplares: el tucá, verdadera aberración de la naturaleza, el tamaño de cuyo pico apenas si es un poco menor que el de su cuerpo, y cierta especie de carpintero, caracterizado por su plumaje negro y su copete rojo. Hallándose sin embargo situada mi casa no lejos del monte y recorriéndolo con toda frecuencia, esperaba darme en cualquier momento de manos a boca con uno de ellos; lo que no tardó en suceder. Una tarde en que coleccionaba helechos entre los muchos que la selva me brindaba, vino una pareja de dichos carpinteros y se posó en

una rama, casi sobre mi cabeza. No quise desperdiciar la ocasión, y apuntando cuidadosamente, disparé el arma, con tan buena suerte que di en el blanco. El pájaro cayó revotando de rama en rama, lo que posiblemente evitó que el golpe contra el suelo concluyera de matarlo. Le había roto un ala. Lo cogí de la que le quedaba sana y lo conduje a mi casa. Allí pude constatar que el ala no estaba rota sino simplemente dislocada, circunstancia sin embargo que impediría a su dueño volar en lo sucesivo. No disponiendo de más adecuado sitio donde soltarlo, lo largué en una pieza inmediata a mi comedor, separada de éste por una puerta de comunicación, uno de cuyos vidrios se hallaba roto. Era preferible esto, a meterlo en una jaula, cuyo ámbito estrecho hubiera concluido por matarlo. Todo el resto de la tarde y la noche permaneció acurrucado en el sitio en que lo dejé, sin cambiar de posición. Coloqué, el día siguiente, en medio de la habitación, una tina con agua. Esperaba que el instinto lo condujera hasta allí a beber. En cuanto al alimento, ya veríamos. Por la tarde me asomé a mirar por el vidrio roto. Copete Rojo -tal fué el nombre con que lo bauticé-, estaba parado en el borde de la tina. La sed lo había conducido hasta allí. Volví a visitarlo al día siguiente: andaba a saltos, hundiendo el pico en los agujeros que encontraba, a lo largo de las paredes. Evidentemente extraía los insectos allí guarecidos. El problema de la alimentación había dejado portanto de serlo. Recogí por la noche una buena cantidad de los insectos caídos al pie del farol que daba luz al patio, y se los arrojé. En ese momento estaba parado sobre la tina. Verlos y arrojarse sobre ellos fué lo mismo. Creyéndolo amansado, me aproximé a él con toda cautela, pero huyó, y cegado posiblemente por la insuficiencia de la luz, o por el miedo, fué y estrellóse contra el muro. Como a un niño a quien se enseña una lección, que a fuerza de repetirla concluye por aprenderla, cada vez que pasaba por su lado gritábale: Copete Rojo.

Era imposible que no concluyera por reconocerme. Creía que nuestras relaciones no mejoraban, cuando un día hallándome sentado a la mesa, sentí unos golpes detrás de mí. Era Copete Rojo. Parado en el travesaño del postigo me observaba con curiosidad. ¿Que hacía allí? ¿Escrutarme únicamente? ¿Participar de mi comida? Se me ocurrió llenar de locro mi cuchara -mientras residía en el campo era éste mi plato predilecto-, y alargándosela, como la cosa más natural atacó su contenido sin dejar un solo grano. Había pues hallado el medio de suprimirle el miedo, acortando la distancia que nos separaba. Concluyó por aceptar le pasara la mano por el lomo. Llegó hasta tomar el alimento de mi boca. Al parecer se había recuperado por completo. Algo sin embargo le faltaba, que me demostraba no ser aquello cierto sino a medias: el canto. Una siesta, mientras dormía me despertaron unos gritos que venían del patio. Me levanté a ver de que se trataba, y, ¡cuál no fué mi asombro al divisar a Copete Rojo, que prendido al tronco del íbapoí que prestaba su sombra a aquél, combatía con una gallina! Por un descuido había dejado abierta la puerta del comedor, fugándose por ella. Me adelanté a separarlos, pero Copete Rojo ganó en unos cuantos saltos la parte superior del tronco y se ocultó enseguida entre las ramas. Sólo dos días después volví a verlo. Desde lo alto de un gajo cantaba a ratos y a ratos giraba la cabeza, como si buscara la dirección hacia la cual debía partir. ¡Copete!, le grité, pero oyó mi llamado con la indiferencia de quien mira

llover. Para él aquel árbol gigantesco equivaldría seguramente a la selva a que

lo había substraído, y sintiéndose en tal refugio seguro, no tenía porque hacerme caso. Disponía allí de cuanto le era necesario: no bes y estrellas en el cielo, de noche, y durante el día, de cuantos insectos quisiera engullir. Pero los animales a igual que los hombres difícilmente olvidan sus vicios. Quien probó una vez un bocado sabroso, trata de repetirlo, aunque ponga en peligro su salud. En circunstancias en que perseguía a un *mamoretá,* se me ocurrió ofrecerle una cucharada de locro. Apenas la vió -se la había colocado en una horqueta-, se abalanzó sobre ella. Mi plan era sorprenderlo y apresarlo nuevamente. Pero apenas me vió extender la mano, se alejó cauteloso, y desde una rama quedó mirándome. Bien pensado mi persecución carecía de razón de ser. Fuera de las molestias exigidas por su cuidado, gozaría más yo teniéndolo como huésped permanente del árbol -su defecto del ala le impediría volar-, que retornándolo a su cautividad. Su alegría, sus cantos, el esplendor de su plumaje, recuperado, su continuo ir y venir, y junto a todo esto, el goce que ello me proporcionaba, valía mucho más que el placer egoísta de tenerlo a mi lado.

Por una nueva prueba debía de pasar Copete Rojo antes de recuperar por completo la tranquilidad. Uno de mis hijos -un muchacho de quince años- vino a pasar conmigo las vacaciones. Había aprendido de mí a hallar en la observación de la naturaleza placeres superiores a los que la ciudad le brindaba. Se vino trayendo varias jaulas. Ahora bien: pájaro por pájaro ¿por qué no empezaba con Copete Rojo la cacería? Nadie tendría en la ciudad otro igual. Cazarlo le resultaría fácil. Treparía al árbol, lo perseguiría de rama en rama y concluiría por atraparlo. La intentona le resultó un fracaso. Hubiérase dicho que el ave le adivinaba la intención. Cuando creía acorralarla, un cambio brusco de dirección la alejaba nuevamente. Después de una persecución de más de una hora, mi hijo tuvo que desistir de la empresa. ¿Debo decir que me alegré de ello? Placer por placer, egoísmo por egoísmo, -de mi parte el poder seguir viviendo en compañía del ave, sin molestarla ni molestarme para nada, y de parte de mi hijo, el deseo de poseerla-, los míos eran los más perdonables, pues mientras que yo la dejaba en libertad, mi hijo trataba de privarla de ella.

El primer canto de la madrugada era el suyo -tanto que hacía competencia al de los gallos-. Y cuando ya salido el sol, lucían más que nunca, haciendo competencia a las flores, los plumajes de las otras aves, el suyo se destacaba entre todos. A veces un pájaro de presa -gavilán, halcón o ñacurutú- le pasaba rozando la cabeza, pero él los esperaba con el pico abierto y una garra amenazante en alto. Otras veces martillaba con rabia un gajo seco hasta abrir en él un agujero enorme, y no era que buscara gusanos, pues a ser así hubiera inmediatamente girado a cogerlos en el lado opuesto, mientras que abierto el agujero permanecía inmóvil. Más bien, derrochaba en esa forma el exceso de vida en él acumulada, que no podía ser empleada en el vuelo.

Durante tres meses más Copete Rojo siguió siendo mi huésped, y digo mi huésped porque durante ese tiempo ni el agua ni el alimento llegaron a faltarle. Entre tanto, anunciando la llegada del invierno los árboles empezaron a despojarse de sus hojas. Únicamente los naranjos conservaban su verdor perenne y para que la fiesta que brindaban a los ojos fuera más completa, sus frutas cambiaban de color pasando del esmeralda

pálida al amarillo de oro, precursor del rojo que constituye su color definitivo.

Una siesta -esta vez me hallaba despierto- volví a escuchar los gritos que me despertaron cuando hallé a Copete Rojo peleando con una gallina. En la copa del íbapoí, parada en un gajo que sobresalía de los demás, estaba una pareja de carpinteros de su misma especie. Evidentemente Copete Rojo los había visto, pues avanzaba rápidamente hacia ellos, saltando de rama en rama. Cuando menos pensaban les llegó. Dejándolos atónitos se interpuso entre ambos. Por primera vez después de mucho tiempo, Copete Rojo se veía sin duda en compañía de un ave de su especie, pero de sexo distinto. El otro carpintero reaccionó de inmediato y lo atacó con violencia. Y las dos aves, desprendidas de la rama que las sustentaba, trabadas en pelea, descendieron fuertemente agarradas, hasta que el choque con una rama las separó. La una ascendió verticalmente y fue a posarse al lado de su compañera. La otra, falta de un punto de apoyo para sus patas y no contando ya con las alas, cayó pesadamente en tierra. El golpe la mató.

Hasta ese momento Copete Rojo había sorteado todos los peligros, pero le faltaba pasar por aquel del que ni hombres ni animales pueden librarse: el del sexo.